

Cómo convencer a miles de millones de chinos, de indios y de europeos de que es mejor leer a Séneca que tragar cheeseburgers? se preguntaba en su exitoso diario, con traducción de César Aira, 'La vida simple' (Alfaguara) Sylvain Tesson, a propósito de la validez de la teoría ecológica del decrecimiento y, al tiempo, de su imposibilidad de aplicación. Por mi parte, vuelvo de cuando en cuando al filósofo cordobés, particularmente cuando me toca enfrentarme a situaciones pellizcadas, porque es la fuente latina en prosa que me procura mayor consuelo, junto a las 'Meditaciones' de Marco Aurelio. Hace poco he recurrido con tal fin a 'Sobre la brevedad de la vida, el ocio y la felicidad' (Acantilado), con la garantía añadida de la versión del polémico Eduardo Gil Bera, conjunto de dos tratados: uno sobre la vida breve dirigido a Paulino Pompeyo, parente político del autor y supervisor de la provisión de grano en Roma bajo el gobierno de Nerón y otro sobre la existencia feliz dirigido a su hermano mayor, más un apéndice o coda dedicado al ocio, que no es la molicie, la desidia, el entretenimiento o la compensación por el trabajo como solían entenderlo los romanos y aún más nuestros contemporáneos -no nos despeñemos por estos crístes de mozos- sino la libre, sabia y consciente disposición del tiempo.

Séneca nos anima a administrar bien el tiempo, a aprovecharlo, apartándonos del exceso y de la negligencia, del vicio y del lucro, de la ambición y de la ligereza, de la soberbia y del negocio, de lo superfluo, en suma. Nos insta, desde la reflexión, a tener siempre presente la fragilidad y desamparo de nuestra condición humana y su valor virtuoso. Y a no olvidar la certeza de que toda la vida hay que estar aprendiendo a vivir y, lo que es más arduo, a morir. Y lo hace a través de la búsqueda del conocimiento y de la medida, lejos del borreguismo imperante, aplastantemente mayoritario entonces y ahora, siguiendo, conforme a la naturaleza, el camino hacia la renuncia y la aceptación que, desde la quietud, alcanza a discernir, a vislumbrar al menos, la verdad. No concibo mejor programa. Si los lectores no hubiesen abandonado a los clásicos no existirían los libros de autoayuda.

Así que, si está leyendo alguno de esos engendros, ciérrelo. Piense por un momento, entre los nuestros, en Santa Teresa de Jesús cuya prosa es en sí misma remanso de goce y mansedumbre, o si no, en el bistrío finísimo de Baltasar Gracián o en la sensatez devastadora de Torres Vi-

llarroel... De haberlos disfrutado ya -aunque hay tantos en los puntos suspensivos...- le propongo la lectura del mentado e inigualable Marco Aurelio que Pierre Hadot, cuya prosa demodada y honda descubrió en su no menos espléndida inmersión en el pensamiento de Plotino y luego volvió a disfrutar con su libro de conversaciones 'La filosofía como forma de vida', propone en 'La ciudadela interior' (Alpha Decay), ensayo hacia el discurso interior de la vida filosófica, también estoica, que hace el número veinte de la magnífica colección 'Alpha, Bet & Gimmel'.

Hadot no es un exégeta al uso, se imbue y nos imbuye en la totalidad del espíritu de Marco Aurelio, de sus maestros y de su mundo, articula una apasionante búsqueda de todos sus sentidos, no en vano la introducción del profesor Arnold I. Davidson se titula, al hilo de uno de los estudios fundamentales de este helenista francés, 'La escritura como ejercicio espiritual'. Como hizo con Plotino, no estamos ante una hermenéutica plomiza y desalentadora, sino que se nos ofrece un festín de limpidez encaminado a señalarnos la ruta del auténtico arte de vivir que vale para toda época y lugar -más de dieciocho siglos contemplan este «Evangelio eterno», en formulación de Renan-, incluso para los convulsos tiempos que corren.

«El hombre es una cosa sagrada para el hombre», decía el otro estoico con el que comenzábamos. En esa línea engañosamente pesimista del senequismo, de virtud sin afectación dirigida hacia la piedad, el altruismo o la benevolencia, a partir de la triple regla que prescribe una disciplina de la representación o juicio, del deseo y de la acción, del asentimiento, en definitiva, las 'Meditaciones' no son una predica moral sentenciosa sino, según Hadot, un diálogo del emperador-filósofo con su «Otro trascendente», escrito para uso personal, pero que trata de despertar, mediante la empatía, la emoción -por hacer lo que en el fondo intentamos hacer todos: vivir en plena conciencia, en plena lucidez, dar toda la intensidad a cada uno de sus instantes, a la vida entera-. Que así sea y que este descendiente de Heráclito y Epicteto nos acompañe.

Pre-textos ha publicado con carácter póstumo el segundo tomo, acaso menos metafísico, más filosófico y hasta metafísico, de los diarios del desarraigado y excluido poeta, medio español, medio mexicano, Tomás Segovia. He sentido el mismo placer que cuando leí el primero ante una escritura trazada como bálsamo contra la negra melancolía y la devastación, que

Consolaciones

Páginas para mitigar la aflicción



**SOBRE LA BREVEDAD
DE LA VIDA...**

Séneca. Editorial Acantilado. 128 páginas. 12 euros.



**FILOSOFÍA CLÁSICA
CHINA**

Hilbert Schlechert y Helmut Rötz. Herder. 414 pp., 32,50 euros.



**LA CIUDADELA
INTERIOR**

Pierre Hadot. Alpha Decay. 526 pp., 24,90 euros.



**EL TIEMPO
EN LOS BRAZOS**

Cuaderno de notas (1984-2005). Tomás Segovia. Pre-textos. 668 páginas. 35 euros.

Tomás Segovia,
fotografiado en
Zamora en 2008.
A la derecha, dibujo
del filósofo Confucio.

■ MARÍA MONTESINOS

**UN ÁNGULO
ME BASTA.**

FERMIN HERRERO

